

LAS PÉRDIDAS

La verdad es que yo tenía la esperanza que al llegar a viejo iba a conservar todo o casi todo lo que había tenido durante años. En ese todo incluyo a la familia. Ahora de viejo veo que se han muerto muchos, otros han emigrado a distintos países, a otros simplemente no los veo nunca. Sobre todo han desaparecido mis hijos. De los cuatro sólo a Amalia la veo por Navidad. Mi mujer los justifica diciendo que están haciendo su vida, que yo ya la hice. Puede que tenga razón.

Continúo con los amigos, con los que pensé me iba a comunicar, que me iba a poder entretener cuando todos llegáramos a esta tercera edad. Mis amigos de primaria, de secundaria, de prepa, de facultad, de trabajo, del equipo de fut. Los amigos que hice a través de mis hijos en sus escuelas. Cientos de amigos. A nadie localizo y si los localizo dicen que no pueden venir o ir a donde los cito, que porque no se sienten bien o porque no hay quien los lleve o simplemente porque no tienen ganas.

Prosigo con la memoria. Por supuesto que sabía que con los años se iba perdiendo pero jamás llegué a pensar que tanto. Ya no recuerdo ningún número telefónico excepto el de mi casa de cuando yo era niño, tenía cinco dígitos en total. Ahora de viejo me tendría que aprender diez. Imposible. Se me olvidan nombres, caras, fechas, el lugar donde dejé mis lentes o mi pluma, cosas que debo hacer. Un amigo mío, de mi edad, al que fui a visitar, me contó que a él primero se le olvidaban los nombres, las fechas y todo lo que se me olvida a mí. De ahí pasó a olvidar que debía subir el cierre del pantalón después de ir al baño. Mal, le dije. No tanto, me contestó, ahora se me olvida bajarlo y me mojo todito. Espero yo no llegar a tanto.

Sigo con el cuerpo, del que yo tanto presumí pues bien que lo supe cultivar con ejercicios, con dietas, con medicinas cuando hacía falta. No voy a hablar de enfermedades, esas vienen después. Hablo de mi cuerpo simplemente. Todo se va perdiendo. Primero fue el cabello, ese lo perdí antes de mis cincuenta años. Después, muy posterior, fueron los dientes, no me queda ninguno. Perdí la facilidad de ir al baño, ahora soy tremendamente estreñado. Perdí la vista, ahora veo la mitad que antes. He perdido el oído, ya me tienen que hablar a gritos. Perdí la flexibilidad y fuerza. Ahora me cuesta mucho trabajo agacharme a recoger algo, a levantarme si me hinco.

La salud, la bendita salud. También sabía que se iba a deteriorar con los años aunque nunca supe por dónde. A unos viejos les da por una cosa y a otros por otra. Yo, como la música de Radio Mil, cada día tengo una nueva y llega para quedarse: hipertensión arterial, arteroesclerosis, miopía, astigmatismo, colitis, artritis, gastritis y todas las itis que ustedes piensen. No me doy abasto con tantos medicamentos que tengo que tomar. Pero ahí voy.

Lo siguiente es hablar del dinero. Ese se pierde más rápido que la salud. Ya lo que me dan y lo que tenía apenas me alcanza para las medicinas, para la renta, la luz, el agua y etc. etc.

Continúo pues son muchas las pérdidas. Mi carácter. Antes tan fuerte, hasta duro. Ahora se desbarató. Si veo una película triste me pongo a llorar, imagínenme a mí llorando porque un par de escuincles idiotas no se puede casar. Lloro y me enojo a la vez. Antes no le tenía miedo a nada, ahora me dan miedo los ruidos porque pienso que es un ladrón, si veo una manchita en el piso creo que es un alacrán, si oigo gritos en la calle pienso que están matando a alguien hasta comprobar que es un fulano que compra periódico y cosas usadas. El colmo de los colmos es que ahora le tengo miedo a mi mujer. Ella es la que me manda y no yo a ella. Mi mujer me

dice lo que me tengo que poner de ropa todos los días, lo que debo hacer, con quién hablar, a qué horas debo leer el periódico, me hace salir a caminar aunque yo esté cansado. Y no sigo con eso, me da vergüenza.

Sigo con mis ideas, todas tan firmes, tan contundentes antes. Ahora ya no. Yo que tan mal hablaba de la iglesia, de los curas, ahora me tienen todos los domingos en misa. Yo que era de izquierda ahora soy de derecha pues tengo miedo que la izquierda me quite lo poco que me queda.

Mis gustos. También he perdido los gustos. Eso no es justo. Ya no tengo gusto por leer, por fumar, por tomarme una copa, por las mujeres, por los viajes, por la cultura en general. Me canso leyendo, si fumo me da tos, si tomo la copa me aumentan las agruras, con las mujeres mejor ni comentarlo, ¿viajar? ¿cómo y con qué?, la cultura me da sueño. Mis gustos actuales, quién lo iba a pensar, es ver la tele un rato, dormir muchas horas, ver hacer su trabajo a mi mujer, salir un rato al jardín, acariciar mi perro y paren de contar.

¿Las ilusiones? Perdidas todas ellas. ¿Las pasiones que tanto me llenaron? Perdidas. ¿La escritura de poemas por los que gané varios premios? Más perdidos todavía. He perdido la paz, la facilidad de idiomas, la facilidad para los albures y las bromas. He perdido, cosa insólita para mí, hasta mi temperatura corporal. Ahora todo el día tengo frío. Y ya. No quiero aburrirlos con tantas pérdidas pues si sigo voy a perder hasta el único lector que eres tú.

¿Estoy triste por todo esto? Pues fíjense que no. Si uno ya vivió su vida lo lógico es llegar a anciano en donde sólo se tienen dos posibilidades, la que ahora tengo o la otra. Y la otra me gusta mucho menos aunque sé que me llegará.

Ahora tengo otra esperanza, la última, que esa se tarde todavía un poquito en llegar.

Tomás Urtusástegui

Mayo 2006